

GLOSAS

Breve réplica a Cintio Vitier

Por Jorge Mañach

CINTIO Vitier trajo antier a esta plana un eco de la discusión que en "Bohemia" he venido sosteniendo acerca de "cierta" poesía nueva en Cuba. No es cosa de volver a enfrascarnos aquí en cosas ya dichas, y claramente dichas. Pero si importa un poco recoger brevemente y una a una las observaciones de Vitier, siquiera sea para no quedar sospechoso de irresponsabilidad.



Porque yo pregunté "¿qué manera de expresión poética le daría hoy a Cuba más gusto, más edificación espiritual y más prestigiosa resonancia?", Vitier opina que "la crítica no está para hacer conjeturas en el vacío, sino para explicar lo que la realidad nos ofrece de un modo irrechazable". Contesto: la crítica irrechazable sólo para "explicar" eso—cosa que intento hacer en mi último artículo al hablar del grado inevitable de oscuridad que toda nueva poesía conlleva, y de lo mucho que el suprarrealismo a veces se lo agrava—, sino que también está la crítica para enjuiciar lo que se ofrece. Crítica que no valora, no cumple—y enseguida recordaré por qué—más que la mitad de su tarea. Y una de las maneras de valorar la

"cierta" poesía de marras es preguntarse si es la que más gusto, más edificación espiritual y más prestigiosa resonancia le produciría hoy a Cuba, y contestar que—no, y decir en qué se fundarían—todo lo cual yo he hecho.

Vitier parece hallar contradicción entre mi referencia a "los Lezama Lima y sus cofrades", y mi reconocimiento de que esos poetas nuevos son "tal vez la generación mejor dotada para la poesía que Cuba ha dado". Es decir, no comprende que se les pueda reconocer talento a poetas a quienes "no se entiende". Que ciertos plumíferos advenientes tomaran mi "no entiendo" al pie de la letra, se entiende; pero que tal entienda Vitier, no lo entiendo. Ni un ápice quito del élogio que, desde mi primer artículo, dediqué a los momentos de indudable logro poético de un Baquero, un Gaztelu, un Vitier, del propio Lezama Lima (y la enumeración no fué taxativa). Pero no puedo aceptar la tesis de Vitier según la cual el talento poético es necesariamente infalible en todos sus empeños, o en la totalidad de cada empeño dado. Según eso, a veces Shakespeare es artificialmente cultista, tedious, Dante, prosaico, Jorge Manrique, desmayado, García Jaso, pujador de conceptos, Góngora, como va se lo dijo Lope de Vega, pedregoso, Unamuno, y sobrenaturalista, Valéry, con ser todos ellos grandes poetas. Sin el derecho a tales reparos, la crítica no tendría razón de ser (porque el poeta—dice Vitier—siempre sabe lo que hace), o sólo tendría una función descriptiva y apologética. Si eso es lo que quiere decir Vitier, por ahí podía haber empezado.

Pero no. La aceptación in toto es una de las formas de la bestialidad, que también se da en literatura. La crítica está en el derecho de valorar, entre otras cosas, por que la poesía tenga una eficacia no sólo expresiva, sino también comunicativa. Vela por los derechos del consumidor de poesía, si se me permite expresarme burdamente. Y le incumbe decir, en nombre de ese consumidor, que "cierta" poesía nueva resulta fatigosa de leer y azarosa de gustar por ser a trechos absurda. Absurda, no porque no tenga sentido para el poeta, sino porque ese sentido no se ha hecho suficientemente explícito dentro del misterio que toda poesía envuelve.

Ese "a trechos" lo subrayé mucho en mis artículos, y no me parece leal de Vitier el ignorarlo. Desde mi primer comentario mostré como en un poema de Lezama—el primero de su último libro—un pasaje de sentido metafórico—"logrado con mucha energía y "lograda" seguía a unos versos que no voy a reproducir de nuevo, para que no se me acuse de separarlos del ámbito semántico del poema; pero que, aun dentro del sentido general de este, resultaban totalmente ininteligibles. Como eso no es un caso aislado, sino que se repite mucho en la obra de casi todos estos nuevos poetas nuestros, creo que hay derecho a pedirles que no nos torturen tanto el seso o la sensibilidad a cuenta de la belleza que nos dan.

De extraña y confusa tacha vitier mi teoría de "la expresión separada de la comunicación". No es tan mía la tesis como él supone: muchas ideas semejantes hallaría, por ejemplo, en un libro que le recomiendo del excelente crítico inglés John Livingston Lowes, titulado "Convention and Revolt in Poetry". Por lo demás, Vitier está en su perfecto derecho de desestimar la tesis, como yo lo estoy para enjuiciar aquella poesía del modo como lo hago. Pero a muchos otros lectores desapasionados la teoría les ha resultado clara. Y yo no me explico que una inteligencia tan fina como la de Vitier, y sobre todo un poeta como él, no advierta que todo poema es, antes que nada, un ensueño, una imagen, una intención (lo que Jean Hytier, agudo exégeta de Paul Valéry por cierto, llamó en su libro *Le plaisir poétique*, París, 1923, "el poema interior"), y que lo demás, el poema escrito, es ya la realización, más o menos lograda, de esa experiencia. No, yo no creo que la poesía sea "trascendente por definición", como dice Vitier. Creo, al contrario—si es que tenemos que usar jerga filosófica—"inmanente", y que sólo el arte la hace trascender. Toda mi "teoría" consiste en reclamar que la realización artística logre, en efecto, hacernos partícipes en satisfactoria medida de la intención poética. ¿Es esto mucho pedir?

Termina Vitier pidiéndome que diga, como lo dije en mi primer artículo, que padezco de "incapacidad de fruición" respecto a los poetas de Orígenes, declaración que reputa de "sincera, exacta y tal vez inevitable". Siento defraudar un poco a Vitier: por lo visto, tiene el temperamento demasiado grave para captar ironías. Lo que yo dije, es que pudiera ser que se tratase de una incapacidad mía de fruición, o de una extralimitación de los poetas de marras. Y claro es que mi modestia no llega al extremo de suponer lo primero, pues tal sospecha me hubiera disuadido enteramente de escribir sobre el asunto.

Antes de que Vitier naciera, ya estaba yo gozándome mucho en la poesía nueva, y defendiéndola a capa y espada, como he defendido toda la nueva estética y sus logros en Cuba, cuando han sido buenos. Lo que no puedo admitir, ni lo he admitido nunca, es que todo lo nuevo sea bueno por el sólo hecho de ser nuevo, o que una obra nueva y buena en la intención no pueda sobregirarse en la "novedad" hasta el punto de caer en deformaciones sin sentido—si de plástica se trata—o en hermetismos impenetrables, palabrería abigarrada y hasta prosaísmos banales, si es obra poética.

En definitiva, la protesta de Vitier es porque yo no considero a estos jóvenes perfectos, como por lo visto se consideran ellos. Pero tal vez decir lo que dije sea el mejor modo de ponerlos en camino de que lleguen lo más cerca posible de la perfección, podándose un exceso de complacencia nacido de ese "conaculismo" que tanto les aparta del hermano hombre y de la común medida humana. Por lo demás, crea Vitier que no estoy solo, ni mal acompañado, en estas apreciaciones.